FELIX PITA RODRIGUEZ: EL ARTE DE LA PALABRA

POR

AIMEE GONZALEZ BOLAÑOS
UNEAC

Acercarse a la personalidad creadora de Félix Pita Rodríguez (1909), maestro de la poesía y narrativa cubanas del siglo xx, es descubrir «una hermosa casa de palabras», donde la verdad artística constituye evidencia de que no existe altura imposible para la condición humana¹.

La fecunda praxis social y estética que lo distingue dota a su literatura de continuidad en sus motivaciones, en la cual la piedra de toque ha sido la disciplina interior de servir como antítesis de brillar: de aquí la unidad de toda la creación. La obra que Félix Pita Rodríguez inicia en 1926, abierta y en renovación constante, se nutre de una experiencia histórica de la mayor trascendencia en el proceso de desarrollo de nuestra cultura. Los viajes en el tiempo y el espacio, y determinadamente su viaje espiritual de tenaz indagación en la naturaleza humana, dejan estéticas profundas. Imposible concebir los poemas y cuentos tempranos (1926-1936) sin la agónica sociedad cubana neocolonial, *Las noches* (1935-1979) y *Corcel de fuego* (1948) sin la vivencia decantada del surrealismo parisino, los cuentos de Montecallado y los primeros del Istmo (1945-1955) sin la interiorización madura de la lucha antifascista, de la defensa de la República española, que le entrega una fe sin grietas en el pueblo. Cómo imaginar *Las crónicas* (1961), poesía de combate que toca a fondo en la historia, sin la patria en revolución y toda la obra dedicada a Viet-Nam —poesía, narrativa, testimonio, ensayo, periodismo, traducciones— sin la identificación solidaria con la gesta del pueblo indochino. En fin, cómo crear *Historia tan natural* (1971), *Elogio de Marco Polo* (1974), *Los textos* (1973-1987)

¹ Términos pitianos que nuestro escritor concibe en su trato con la cultura vietnamita y revelan aspiraciones propias.

y *Tarot de la poesía* (1976) sin la conciencia integrada del intenso vivir que le permite expresarse como cubano y ciudadano del mundo.

Su literatura resulta, por tanto, altamente representativa de tendencias dominantes en Nuestra América, donde vida y obra generalmente se corresponden de manera orgánica; formado el escritor en los múltiples contextos de la transculturación, sintetiza e incorpora selectivamente el caudal de la cultura mundial, no sujeto a moldes estáticos, inmerso en la productiva contradictoriedad del encuentro de culturas.

En la línea de pensamiento de José Carlos Mariátegui, quien tempranamente había reconocido el itinerario europeo de muchos escritores como el mejor y más tremendo descubrimiento de América, dos grandes teóricos de la literatura latinoamericana, Juan Marinello y Adalbert Dessau, constatan el dinamismo del proceso sociohistórico que ha permitido la asimilación de la literatura mundial, adaptando y modificando elementos espirituales y literarios que en sí son el resultado de un proceso histórico diferente. Por ello, «si las letras hispanoamericanas han arribado, en muchos casos, a ese buen ensamblaje de resonancias encontradas, no ha de poner puerta a la aventura»². De este patrimonio se nutre el arte de la palabra de Félix Pita Rodríguez, con su acusada capacidad para seguir las pulsaciones de la vida social y el devenir de la cultura, asumiendo su tiempo sin localismo o cosmopolitismo. Al igual que en Martí, Neruda, Vallejo, Carpentier, Guillén, la síntesis de patria y mundo, tradición de una zona mayoritaria de la literatura continental, es expresión de un arte de hondas raíces nacionales, atento a la universalidad. Pudiera pensarse, por consiguiente, que si el peregrinaje europeo (1929-1940) le ha dado armas para descubrir el propio mundo americano y tematizarlo magistralmente en la narrativa del Istmo (1946 hasta el presente), de éste ha partido para elevarse a lo universal. De lo nuestro cubano asciende a lo nuestro universal que halla en la esencia de esta época de cambios trascendentales. Incluso en obras aparentemente alejadas de los contextos nacionales, el artista en función de imaginativos procedimientos traslaticios configura motivos que tienen el fundamento en su formación como escritor de la Revolución cubana y de la patria latinoamericana. Sobre estas bases internacionalistas, de humanismo beligerante, cuya fuerza motriz, al decir de Félix Pita Rodríguez, ha sido la aspiración del hombre por convertir el mundo en que vivimos en un lugar cada vez mejor y más hermoso, se produce el crecimiento espiritual en que de la rebeldía arriba a la conciencia revolucionaria, sustento de su

² Juan Marinello, *Creación y Revolución* (La Habana, 1973), p. 25. Véase Adalbert Dessau, «La investigación de la literatura latinoamericana y los métodos comparativos». *Casa de las Américas* (La Habana, 82): 112-8, ene.-feb. 1974.

plenitud creativa. En vínculo entrañable con los pilares democráticos y populares del trabajo intelectual anterior al triunfo de la Revolución, que en su discusión del destino de lo humano y de la justicia social aporta piezas antológicas como «Tobías» (1952); la obra presente testimonia la acción y la lucha humana por el progreso, por el conocimiento que, infinito y contradictorio, conquista realidades cada vez más complejas. Así, en *Los textos*, colección de narrativa *sui generis*, la fabulación fantástica muestra el ascenso inspirado a la verdad, el combate de sus héroes anónimos —Asabelio, fray Alosyus, sir Geoffrey— por descubrirla y transmitirla, la consecuencia con los principios y dación total a la vocación realizadora. La transmutación de la palabra, el viaje en el tiempo, la exteriorización como deslizamiento de la personalidad, el trato con los demonios, el amor a la aventura pura, hipérbole e invenciones, devienen modo metafórico integral que complementa lo dado con lo posible y deseable. El efecto artístico es «concienciador», educativo en el más amplio sentido, movilizando el pensamiento y las emociones del lector para la acción, puesto que la obra no aspira a describir, sino a ser parte de la transformación de la realidad, lo que hace ostensibles motivaciones superiores en la actitud y estrategia comunicativas.

La experiencia revolucionaria provoca vuelcos esenciales en el trabajo creador de Félix Pita Rodríguez, porque hace posible la eclosión de contenidos latentes y los dignifica. Ella lo conduce a una «receptividad insaciable, a una decisión a todo riesgo de abrir sendas revoluciones de fidelidad y sorpresa»³. Cuestiones medulares como la aspiración a la unidad del género humano, de larga y fructífera trayectoria en el pensamiento estético ilustrado y el culto a la dignidad plena del hombre, son retomados con un alto grado de indagación problematizadora. La diversidad temática y estilística, las inagotables variantes semánticas y compositivas, en fin, la libertad expresiva, apuntan hacia la riqueza de valores de nuestra sociedad, hacia su potencial moral y artístico, en la urgencia de «hallar la expresión estética de una renovada visión de la realidad»⁴. Ante el cauce experimentalista de una buena parte de la literatura moderna, consecuencia de su vaciamiento espiritual, el arte de Félix Pita Rodríguez participa de la auténtica naturaleza de la investigación estética puesta al servicio de una convivencia justa, original, hermosa.

Particularmente revelador de estos puntos de vista es su recreación de modelos, cantigas de caminantes en *Historia tan natural y Tarot de la*

³ Juan Marinello, «Literatura y Revolución. Encuesta». *Casa de las Américas* (La Habana, 51-52): 112, nov.-feb. 1969.

⁴ José Antonio Portuondo, *Estética y Revolución* (La Habana, 1963), p. 7.

poesía, biografías imaginarias, apócrifos y elogios en *Los textos y Elogio de Marco*, fundiendo tradición e innovación. A la vez reafirma su anticonvencionalidad, el rechazo del afán reproductivo y del ilusionismo veristanaturalista, borradas las metafísicas fronteras de realidad y fantasía, actitud sostenida desde la iniciación artística con su poesía y cuentística vanguardista. El escritor desarrolla la permutabilidad de las miradas y las voces, crea ingeniosos juegos de espejos donde se refracta la imagen de los personajes y la suya fuertemente ficcionalizada, siendo capaz de contarse a sí mismo, enfrenta la composición de sus figuras —Marco Polo, Kublai Khan, Moisés Orellana, To Hieu— con tal grado de condensación poética que los ilumina y magnifica, dándole forma en sus constantes humanas universales. Glosa el conocimiento y los valores, atrapando lo perdurable de vidas fugaces y elusivas que conciernen no sólo al pasado o a la candente contemporaneidad, sino a un futuro augurador de superiores realizaciones humanas. No extraña que para Félix Pita Rodríguez, como para Alejo Carpentier, el pasado aparente —la República romana en «Lupus Albo, vanidoso» (1977), el mundo medieval en «Ozaías de Pamplona, alquimista» (1973) y «El monje Asabelio, gramático» (1973), el alba del Renacimiento en *Elogio de Marco Polo*— pueda ser un tiempo de síntesis, tiempo que es todos los tiempos, conscientemente fundamentado en la dialéctica de lo constante y lo cambiante, destilación de la sabiduría de la humanidad. Esta idea artística tiene un sugestivo punto de remate en las imágenes de los *temponautas* Ludovico Amaro y sir Geoffrey ⁵, quienes descubren la razón de ser perdida en sus viajes temporales, vencen a la bestia fabulosa de la ignorancia, proclamando con su gesto anónimo el triunfo de lo humano.

En la narrativa y poesía actual conjuga visiones diversas y las nuevas implicaciones de la omnisciencia, en modo alguno el clásico «saberlo todo», ponen de manifiesto la penetración en la vida que se plasma en esta voz, conciencia y memoria poética suprapersonal. Enfatiza su naturaleza antimonológica y antiautoritaria, acentuando el carácter dialógico hasta convertirse su literatura en coloquio con un amplísimo público, virtualmente todo el pueblo, entregada sin restricciones al análisis colectivo, la réplica y el comentario, con lo que se constata un tránsito de la mayor importancia: el autor no es ya el centro dominante, sino sus destinatarios. En consecuencia, la modelación fantástica y simbólica que el receptor debe dotar de sentido, el gusto por la parábola, el humor vivificante, la ironía y la

⁵ «Sir Geoffrey, I. H., viajero perdido» (1978) y «Ludovico Amaro, temponauta» (1978), en unión de los relatos anteriormente mencionados, a más de «Abdul-el Ramón, matemático» (1973), «Yango, juglar gitano» (1977) y «Fray Alosyus, demonólogo» (1977), integran, por ahora, *Los textos*, libro en el que su autor sigue trabajando.

parodia, el fortalecimiento de las relaciones implícitas y la elipsis, de la alusión y la sugerencia; el enriquecimiento imaginativo del cronotopo y la espiritualización de los contextos, el dinamismo de la composición integrando la retrospección y la prospección a la fabulación onírica, la superación de preceptivas genéricas en una amalgama de texturas y deslumbrantes ensayos con la intertextualidad real y simulada.

Trasciende esta obra la parcelación de la realidad verista-positivista, el relativismo cognoscitivo y el irracionalismo subjetivista de la crisis de valores de la cultura burguesa en nuestro siglo, en su apropiación realista que funde arte y revolución como creatividad liberada. Félix Pita Rodríguez da vida a universos imaginativos coherentes, en los cuales los elementos tradicionalmente considerados cultos no pierden el nexo con el saber popular y la elaborada expresividad es reclamo de interpretación. Su literatura refuta la imagen del hombre carente de existencia real en el espacio-tiempo, juego de azar, repetición laberíntica, atrapado en la imposibilidad de ser y conocer. Negadora del pesimismo, el absurdo y la frustración existencial, nos enfrenta polémica y críticamente a una realidad cognoscible y transformable. Los personajes por él creados no verán repetirse la historia, serán sus continuadores, testigos y artífices de su avance, sin idealizaciones utópicas, ofreciendo su humanidad entera.

Félix Pita Rodríguez ha debatido largamente la conflictiva existencia humana en la sociedad prerrevolucionaria sobre la base de antítesis esenciales: enajenación-trabajo creador (los cuentos de Montecallado) y soledad-solidaridad humana (los cuentos del Istmo), imponiéndose las tendencias de humanización de la vida y la espontánea dialéctica de su praxis artística; pero con la perspectiva de la sociedad nueva, adquiere conciencia cabal de sí como principio efectivamente transformador del mundo, estetizando los valores del humanismo socialista. Logra no sólo mostrar las causas de la crisis y sus caminos de salida, sino la objetivación estética de estas convicciones en la propuesta humanística, en la riqueza de su reflexión filosófica, lejos de toda forma de moralización abstracta y dogmatizante, tal como pudiera encontrarse en *Elogio de Marco Polo*, que marca un punto creativo cimero.

Asumida esta obra inclasificable en su integralidad, se distingue la compleja arquitectura en la que se impone el sentido del equilibrio y la simetría. A semejanza del principio estructurador del gótico, la aventura se organiza episódicamente y con manifiesto sentido épico, obligando a su aprehensión por estaciones. A su lado, las figuras de *Los textos* y los «pobres amigos» (Rimbaud, Lautreamont, Villon) de *Historia tan natural* semejan exquisitas miniaturas que sólo sugieren las claves para el elogio. Por su parte, la historicidad de Marco y su escriba, Rustichello de Pisa,

del libro de *Las maravillas del mundo*, confirman la verdad posible de innumerables textos pitianos.

Elogio de Marco Polo, como obra pilar, participa de la naturaleza de la prosa y la poesía, es biografía imaginaria, sólo en parte «apócrifo», ensayo, ficción testimonial, crónica, fabulación mitológica, lo que supone una original tipología. Elogio a la manera del nuevo humanismo, ni por ironía o demostración paradójica, sin grandeza y decadencia de casi todo el mundo. Crítica de arte, despojada del ropaje académico de los profesionales.

Imbricado en opulentos contextos objetivos y develando las sutiles motivaciones de la subjetividad, el periplo de Marco Polo es seguido en su literalidad, pero a la par en su legítima dimensión mítica «sacándose de adentro las maravillas que lo repletaban»⁶ y descubriendo «lo que la realidad tiene de fabuloso, la magia del mundo» (p. 372).

¿Cuáles son las causas de esta afinidad electiva? Félix Pita Rodríguez dota al viajero veneciano de su rostro verdadero, del que debió haber tenido si se asume justamente su legado. No es la mentira ni el utilitarismo mercantilista. Con la firmeza de lo natural y necesario, para él no existe dilema entre la aventura del vivir y la de crear. Todo ello atrae profundamente a nuestro escritor, unido a esa facultad de trasladar a la celda genovesa la intensidad de la existencia. Opuesto al Cristóbal Colón carpenteriano de *El arpa y la sombra*, cuyas relaciones de viajes son nombradas Vasto Repertorio de Embustes, la obra de Marco se sustenta en la verdad. Tiene el don de narrar, que lo convierte en modelo, a un nuevo nivel de universalidad, del cuentero de tradición oral popular. De ánimo errátil, humor ambulatorio y sangre andariega, «Marco buscaba el mundo que quería, la réplica del que llevaba dentro, porque él era de la raza nostálgica y sin patria de los que nunca están conformes con lo que navega mar afuera, porque lo que llevan debajo de la frente es siempre más alto y más hermoso» (pp. 414-5). Y en este afán de perfectibilidad se define el carácter poliano y encuentra su contradicción motriz para la tarea creadora. Marco persigue tenazmente el encantamiento de lo real sorprendente, de la poesía de las cosas «Midas viajero trocando en oros poéticos todo lo que miraba» (p. 414). Su imagen deviene corporización de la idea de la poesía que se funda y reposa en la realidad. Pero también sabe ser cronista lúcido y sagaz, apresando una historia en la que debe haber lugar para el mito y la maravilla.

Descubierto Marco Polo como artista ignorado, su oficio verdadero es «inventar un mundo que ya está» (377), la gesta dará lugar a un pensamiento

⁶ Félix Pita Rodríguez, «Elogio de Marco Polo». *Prosa* (La Habana, 1978), p. 372. Las citas que aparecen a continuación pertenecen a la referida edición.

sólidamente integrado sobre la naturaleza y función de la creación artística. Fundidos en las imágenes artísticas de *Elogio de Marco Polo* se hallan los principios cardinales que sustenta Félix Pita Rodríguez. Por ello se afirma que la obra no puede desligarse de lo vital, que la poesía no es primeramente profesión, sino jerarquía humana superior, que lo real maravilloso no es artificio *a priori*, sólo respuesta sensible a la realidad de maravilla, que los grandes motivos de la creación no son producto de la soledad, sino de la participación irrestricta en la vida, que las fuentes de toda poesía están en la realidad y en la colectividad que la origina, que sólo da forma con permanencia quien penetra por entero en su época, que el arte no es duplicación de la realidad, ni ejercicio esteticista, sino apropiación creadora y comunicación solidaria, que debe engrandecer y exaltar porque da fe de la altura humana.

Pero *Elogio* no sólo ofrece respuestas estéticas; también es portador, y en una íntima relación con lo anterior, del concepto maduro del escritor sobre el sentido de la existencia.

Si nos preguntamos cuál ha sido el interés primordial en la aventura poliana, comprenderíamos que el hombre, con su capacidad para crear cosas sabias, justas, bellas, concentra siempre la atención del veneciano. Por esto, Kublai Khan es el eje moral del *Libro de las maravillas del mundo*. Su valor, proezas y sabiduría lo convierten en un hombre excepcional. Pero sobre todo es ejemplo de actitud antidogmática y antimetafísica: «En su imperio enorme, los señores del cielo no tienen voz ni voto, y no hay leyes severas y sin escapatoria, promulgadas más allá de las nubes y que rigen y encuadran cada uno de los minutos de la vida de los hombres, desde la cama hasta la tumba» (p. 409). Esta figura que señorea el *Libro* es «alguien para quien no operan los mecanismos teocráticos que definen el mundo como un valle de lágrimas, por el que es preciso pasar con la cabeza baja y sin hacer preguntas impertinentes, hacia la única liberación que es la muerte» (p. 408). De afín naturaleza resulta Marco, «El hombre más libre del mundo»⁷.

Félix Pita Rodríguez ha hecho el elogio de Marco Polo y éste el de su señor: Kublai Khan. «¿Y cuál otro puede ser el propósito si no es el de señalarnos, en la grandeza de un hombre, la posibilidad de grandeza de todos los hombres» (p. 408), propósito que alcanza y define a nuestro artista con su literatura servicial y fuerte, entregada al dominio de la poesía de la misma forma en que ha sido siempre jubilosa compañera en la tarea de andar.

⁷ Félix Pita Rodríguez, «Palabras de inauguración de la exposición de libros en el Coloquio de Literatura Cubana (1959-1981)». La Habana, 21 de noviembre, 1981. Inédito.

Todo ello inclina a considerar *Elogio de Marco Polo* como retrato y legado espiritual del propio escritor, que ha vuelto sobre sus preocupaciones recurrentes en la plenitud creativa. Del fondo vital, poderosamente activo en toda la literatura de Félix Pita Rodríguez, existe un substrato imaginativamente estilizado. Engarzada en la materia poético-narrativa se encuentra la indagación filosófica, la discusión ética y estética, de manera tal que sin la figura guía de nuestro poeta, sin la conciencia del camino recorrido y sus formas anteriores, no sería posible tocar a fondo en *Elogio de Marco Polo* como obra ecuménica, que culmina la trayectoria artística de Félix Pita Rodríguez. La búsqueda de lo real fabuloso, de la más plena condición humana, halla su nombre definitivo en el viajero. La maravilla poliana es creada por los hombres y se realiza en ellos mismos. Y no puede ser de otra manera porque Félix Pita Rodríguez es «de los que confían en el ser humano fraternal y fecundamente»⁸.

Marco Polo, visto desde el presente, porta una armónica relación humana y social al apropiarse su mundo nuevo. Para él, como para todos los héroes que alegóricamente compendia, la existencia no es invencibilidad del conocimiento, impotencia. «Emprender, comenzar, sin los amargos cálculos previos para condicionar lo que se emprendía o comenzaba al probable vivir» (p. 393) ha sido su regla de oro para la acción. «Agrandar el mundo, prepararle para que pudiera dejar de ser un día el pedazo de tierra plano, rodeado por hostiles, ignotos océanos sin término» (p. 393) constituye la tarea magna, el paradigma ideal-real de la creatividad humana a la que el autor de *Elogio* rinde permanente tributo.

Con la perspectiva de toda la obra de Félix Pita Rodríguez se distingue la esencial condición realista de este arte literario. Su trabajo es producto de un ejemplar proceso formativo de desarrollo ininterrumpido, en el que cada nuevo abordaje ha significado un paso de avance en la imagen artística del hombre como fuerza productiva por excelencia. Este culto a la dignidad se proyecta en la vida social sin metafísica ni consigna, sin esquematismos de verosimilitud y verismo, integrando con frecuencia a hombres de diferentes latitudes y tiempos, pero con la certeza de que universalidad no es abstracción ahistórica. Su receptividad crítica tiene por base una definida conciencia de la identidad, recreando con maestría las raíces espontáneas, vivificantes de la sabiduría y creatividad popular que en el presente adquieren su más completa significación.

Los hallazgos artísticos de esta literatura son parte de las tendencias más progresivas de la contemporaneidad. Con la arrancada vanguardista prueba las especificidades de nuestro vanguardismo al aunar novedosas

⁸ Mirta Aguirre, «Nota». *Nuestro tiempo* (La Habana) s/p., marzo 1955. Archivo de FPR.

concepciones estéticas, superadoras de la resaca modernista y del criollismo regionalista, y una aguda crítica social, que aporta una praxis sin precedente en las letras cubanas por su originalidad en la asimilación de las vanguardias. Las colecciones de poemas y cuentos de la madurez suponen importantes conquistas al profundizarse el examen analítico del hombre en interacción dinámica con sus circunstancias, con lo que logra una obra negadora del subjetivismo extremo o del simple activismo social doctrinario. La creación actual amplía y vigoriza su sentido democrático, enriquece y dota de nuevas aristas a su realismo con el modelado imaginal de la vida en movimiento, con el sueño realizable de perfección y belleza, con su facultad de anticipación ideal realista.

Porque el fondo vital está cada vez más colmado, porque la sociedad eleva al escritor al ejercicio cabal de su capacidad creativa y la dota de sentido, se realiza esta obra espejo hermoso, sueño, lucha.